

Año I (2.^a época)

Número 2

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud española



S U M A R I O

Pablo Iglesias, Editorial.—*Los jóvenes en las provincias españolas*, Editorial.—*La escasa labor de las Escuelas Normales*, Editorial.—*Momentos (versos)*, Eugenio Frutos.—*Tirano Banderas (continuación)*, D. Ramón del Valle-Inclán.—*Poetas y Bufones*, José Vasconcelos.—*Soliloquios*, Dionisio la Cruz.—*La enseñanza del Derecho*, Ángel Ossorio y Gallardo.—*Berta Singerman*, Editorial.—*Versos*, Mariano Brull.—*Revista de libros*, José M.^a Quiroga.

✱

Precio: 30 cts. - MADRID - 13 diciembre 1925

EDITORIAL CARO RAGGIO



Mendizábal, 34

MADRID

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

	Pesetas.
Pío Baroja: Los torbellinos del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

COLABORADORES DE "EL ESTUDIANTE"

Alas, Leopoldo.—Alberti, Rafael.—Albornoz, Alvaro.—Alcántara, Francisco.—Andrade, Juan.—Alomar, Gabriel.—Araquistain, Luis.—Alvarez del Vayo, Julio.—Azaña, Manuel.—Balbontín, José Antonio.—Bagaría, Luis.—Baroja, Pío.—Barradas, Rafael.—Bartolozzi, Salvador.—Bello, Luis.—Besteiro, Julián.—Bilbao, Luis G.—Blanco-Fombona, Rufino.—Buylla, Adolfo.—Calandre, Luis.—Cansinos Assens, Rafael.—Camba, Julio.—Casares Gil, José.—Castrovido, Roberto.—Castro, Américo.—Cosío, Manuel B.—Corpus Barga.—Díez Canedo, Enrique.—Donoso, Armando.—Domingo, Marcelino.—D'Ors, Eugenio.—Espina, Antonio.—Falcón, César.—Felipe, Fernando.—Fernández Almagro, Melchor.—García Lorca, Federico.—García Morente, Manuel.—Gómez de Baquero, Eduardo.—Gómez de la Serna, Ramón.—González, Julio V.—González Martínez, Enrique.—Hernando, Teófilo.—Jiménez, Juan Ramón.—Lafora, Gonzalo R.—Lorenzo, Félix.—Machado, Antonio.—Machado, Manuel.—Marañón, Gregorio.—Mella, Julio A.—Menéndez Pidal, Ramón.—Mesa, Enrique de.—Mistral, Gabriela.—Montes, Eugenio.—Moles, Enrique.—Moreno Villa, J.—Negrín, Juan.—Ortega y Gasset, José.—Ossorio y Gallardo, Angel.—Palacios, Alfredo L.—Pérez Bances, José.—Pérez de Ayala, Ramón.—Pi Suñer, Augusto.—Pittaluga, Gustavo.—Planelles, Juan.—Reyes, Alfonso.—Ríos, Fernando de los.—Rivas Cherif, Cipriano.—Roces, Wenceslao.—Sáenz, Mario.—Sánchez Ocaña, Vicente.—Salazar, Adolfo.—Salazar y Chapela, José.—Storni, Alfonsina.—Tapia, Luis.—Turró, Ramón.—Unamuno, Miguel.—Vasconcelos, José.—Valle-Inclán, Ramón.—Vidal, Fabián.—Vighi, Francisco.—Zulueta, Luis, etc.

EL ESTADANTE

SEMANARIO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID * NÚMERO 2

Director: Rafael Giménez Siles

13 DICIEMBRE 1925

DIRECCIÓN

Y ADMINIS-

TRACIÓN:

ZORRILLA, 4

PABLO IGLESIAS

Con Pablo Iglesias desaparece el esfuerzo abnegado. Trabajó en España, esto es, en un pueblo donde la más sencilla institución, o manifestación, de orden liberal, obtuvo siempre represión y castigo. Laboró Pablo Iglesias en las peores condiciones, teniendo que arrostrar en todo momento los peligros que atraía sobre su persona el carácter revolucionario de su empresa. El riesgo, las dificultades, hacen tanto más admirable la labor del socialista. Su vida es un ejemplo. En ella no hay un hecho ni una palabra equívocos, y decir su vida al hablar de Pablo Iglesias, vale tanto, como decir su obra, la cual quedará siempre, ya que viene a consistir en los cimientos de toda organización obrera española. Sufrió, trabajó dolorosamente, y no obstante la hostilidad del medio, fué creando Pablo Iglesias, en torno a su persona, una serie de voluntades que le siguieron con admiración y respeto. Así ha venido a constituir Pablo Iglesias, por su obra, en la cual empleó una vida laboriosa, un ejemplo extraordinario de abnegación y honradez, ante el cual, aún los más distantes de su doctrina, y los más interesados en su desprestigio, no pueden por menos de inclinarse respetuosos. No hemos dejado de sentir hondamente que la enfermedad que aquejaba a Pablo Iglesias en estos últimos años, le tuviera alejado de la dirección real de su partido, el cual, con su presencia, hubiera seguido siempre la misma orientación que le diera en todas las ocasiones. Nosotros admiramos en Pablo Iglesias, aquel amor ferviente por la libertad y la justicia, su labor continua, arriesgada y dificultosa, y el valor de que se vió asistido en todo momento para seguir, después de tropezar tantas veces en el camino emprendido. No, no puede ser para España un hecho indiferente la muerte de Pablo Iglesias. No puede serlo ni lo es para el obrero. No pueden quedar ajenos a esta pérdida todos los que hoy día, con más o menos aspavientos muestran sed de justicia. El sitio que deja Pablo Iglesias no lo llenará nadie. Con Pablo Iglesias se ha hundido su propio apostolado. Han desaparecido con Pablo Iglesias la abnegación y el sacrificio, hoy tan necesario en España, para España.

Nosotros anhelantes de justicia, dolidos también por las mismas desgracias sociales que ensombrecieron la vida de Pablo Iglesias, sentimos seriamente la pérdida de este hombre, que representa, por su carácter, por su vida y por su obra, un espíritu firme, lleno de íntima convicción, y el más hermoso ejemplo de apostolado.



Los jóvenes en las provincias españolas

Para los jóvenes de provincias, Madrid viene a ser inasequible. Hombres y hechos familiares para los madrileños son, en cambio, exorádicos, exóticos para los provincianos. Por una concentración explicable, pero no por explicable menos perjudicial, la vida intelectual y artística de España radica en Madrid, y en él concluye. Ello quiere decir que el resto de España —esto es, España entera— permanece al margen de aquel núcleo, ajeno a la vida intelectual y artística del país. Sólo un punto de la Península acusa vitalidad. El resto, en apariencia solamente, permanece aletargado, y si muestra vitalidad, en determinadas ocasiones, es como reflejo de la vida que le viene de fuera. Madrid se halla como encerrado en sí mismo, y tan lejos de Murcia, por ejemplo, como de Lima. A Lima llegan libros y revistas madrileños, y a Murcia —seamos optimistas— acaso lleguen también libros y revistas de Madrid. Pero colocadas así, en igualdad de circunstancias, siempre habrá una desventaja para Murcia, ya que su proximidad a Madrid no le coloca ventajosamente, en algo, sobre Lima. Esta situación de las provincias españolas, en el orden intelectual, con relación a Madrid, no viene a tener su origen en la vida lenta, perezosa y pobre de la provincia española, sino más bien en un egoísta olvido por parte de los hombres que se alejaron de la provincia para venir a Madrid. En provincias no todo es lento, ni pobre, ni perezoso. En provincias existe, como aquí, una juventud que desea trabajar. Ahora que esta juventud se halla como asfixiada. No corre el viento, libre y sano, en las capitales españolas. Salamanca, Tarragona, Soria, etc., etc., huelen a sacristía. Si ese grupo de jóvenes, existente, sin duda, en cada capital española, tuviera más cerca otro grupo, es seguro que, por mutuo apoyo, el primero sentiría más fuerte, y nunca abandonaría su obra, a veces muerta, truncada a mitad de camino, por falta de aliento y resonancia. Este caso del joven de provincia, entusiasta y trabajador, no ha constituido una preocupación para nadie, sólo para los propios interesados. Circunstancias de muy diversas órdenes obligan a ciertos jóvenes, de capacidad y cultura no comunes, a permanecer en la clausura de una capital conventual. Todos podríamos citar nombres. Y ahí están, sin embargo, viviendo con visible encono, lastimados continuamente por el ambiente lamentable que les rodea. ¿No existe un medio de acercamiento? ¿No cabe hacer que Madrid, su mundo espiritual, inquieto y fructífero, se desprenda un poco de su inteligente egoísmo y se derrame, en parte, en la provincia? Es preciso, para ello, una acción directa, decidida y, sobre todo, una voluntad de hacer. Ya hemos dicho que semejante encarcelamiento, el del joven inteligente y fervoroso, en la capital de provincia, no ha preocupado a nadie. Quizá sea esta la primera vez que se trate en público.

Los propósitos de este semanario no son para expuestos en una página. Poco a poco, a medida que el tiempo y la ocasión lo permitan, iremos dando a conocer los más íntimos proyectos de EL ESTUDIANTE.

No se detiene éste, desde luego, en la probable obra cultural que podría realizar con sólo la redacción de unas cuantas páginas. Aspira a mucho más: dentro del orden de cosas que piensa hacer EL ESTUDIANTE se halla, como la más importante, la de lle-

var a esos jóvenes de provincias el medio y la ocasión de seguir laborando espiritualmente. Bajo el nombre de nuestra Revista la juventud que sienta hondamente la vida española podrá trabajar firmemente, en la inteligencia de que ha de encontrar en nosotros, no sólo el aplauso, sino también la seguridad absoluta de un apoyo espiritual constante. Nuestra satisfacción mayor sería ver en cada una de las capitales españolas un grupo nutrido de jóvenes trabajadores y entusiastas que, de acuerdo con el espíritu que anima a nosotros, sintieran el calor y el doble entusiasmo prestados por una solidaridad segura. En este caso, ya estaríamos en camino de aminorar considerablemente esa separación existente entre Madrid, centro cultural de España, y las provincias. EL ESTUDIANTE, por el momento, exhorta a los jóvenes de las provincias españolas a una unión, fundada en la cultura; unión que podría realizarse en cada localidad, y cuyo medio de comunicación será siempre nuestra Revista. Ella se hará eco, por tanto, de las inquietudes de toda esa noble juventud —ahora silenciosa por su desesperanza y apartamiento— y de cuantas aspiraciones caigan en el plano de nuestras propias aspiraciones.

De lo que puede ser esta unión, apenas esbozada ahora, y de los proyectos, tan beneficiosos para toda la juventud española, que anima a EL ESTUDIANTE, guardamos reserva por ahora, en el deseo de darlos a conocer a medida que los vayamos realizando.

Este número ha sido

visado por la Censura

La escasa labor de las Escuelas Normales

Ante todo queremos recoger el concepto vertido por Luis Bello en uno de sus últimos artículos, en el que, refiriéndose a su campaña en favor de la escuela, afirmaba que pasaba inadvertida para casi todo el mundo. No lo juzgamos nosotros así, y prueba de ello es que el principal motivo que nos ha llevado a publicar estas notas acerca de la enseñanza primaria ha sido la necesidad que vemos de secundar su labor. No nos consideramos con las condiciones necesarias para hacer que nuestra obra sea lo provechosa que quisiéramos; pero insistiendo una y otra vez sobre la necesidad del mejoramiento de nuestro régimen de enseñanza, esperamos que lleguen a interesarse un número mayor de personas, que irán realizando un trabajo mayor. Damos las gracias al señor Bello por habernos sugerido con sus artículos la obligación que todos tenemos de ayudarle.

Estudiando los problemas de la enseñanza primaria, consideramos como el factor más importante de ella al maestro. Los mejores métodos, los últimos

adelantos pedagógicos, todo aquello que quiera llevarse a la Escuela para mejorar la educación del niño, fracasarán, si no se cuenta con un personal suficientemente capacitado para aplicarlo. Es, pues, la capacitación del maestro la primera cosa fundamental para que éste pueda cumplir su fin.

Esta capacitación del maestro se realiza en las Escuelas Normales; 42 de maestros y 46 de maestras son las que existen en España; no tenemos tiempo aquí para hacer una historia de estos centros de enseñanza, y si diremos que a fines del pasado siglo, y aun a principios de éste, las plazas vacantes no se proveían ni por los méritos ni la capacidad, sino por la mayor o menor influencia política del que la solicitaba, que no lo hacía, las más de las veces, por vocación, sino deseoso de asegurar su existencia, aunque fuese de tan mezquina manera. Estas irregularidades que se cometían en el nombramiento del personal para las Normales empezó a hacer sentir la necesidad de crear un organismo superior que formase a los futuros catedráticos, y por decreto de 1909 se creó la Escuela Superior del Magisterio. Podemos decir que su obra, aun cuando no ha dado todo el resultado que se esperaba, es bastante consoladora, y hoy día, casi todos los que dentro de las Normales realizan una labor seria, acompañada de prácticas pedagógicas, excursiones, etc., son alumnos de la Escuela Superior. Sin embargo, estos excelentes resultados se dan sólo, desgraciadamente, en un número muy pequeño de alumnos; es más el interés personal y el deseo, por parte de ellos, de aprender, de conocer el que les predica estas inquietudes, que la preparación de la Escuela Superior.

Los alumnos que asisten a las escuelas son bastante deficientes; llegan a ellas casi sin los rudimentos de la Primera enseñanza. En el libro de don Manuel Cossío, *La enseñanza primaria en España*, se hace notar la diferencia entre los alumnos y las alumnas. Los varones suelen ser hijos de labradores acomodados, de empleados o de comerciantes muy modestos, que apenas han pisado la escuela, o si lo hicieron, ningún provecho sacaron de ella. Las futuras maestras tienen un nivel quizá un poco superior; las más son hijas de familia de la clase media de las capitales de provincias o de los pueblos grandes. Gozan de la corriente educación de las señoritas de la clase media, en su mayor parte; un aparente baño de instrucción, cubriendo la más absoluta ignorancia.

Unamos a esta falta de condiciones, en la mayor parte del profesorado para enseñar y de los alumnos para aprender, un plan pedagógico, que bien pudiéramos llamar absurdo, una serie de asignaturas, que se estudian muchas de ellas por medio de los libros de los Institutos, asignaturas que tienden a exhibir la libertad del maestro, como los dos cursos de Religión, una ausencia casi absoluta de prácticas; las excursiones, visitas a museos y centros de arte no se realizan más que por algunos profesores completamente aislado. Al lado de todo esto, la enseñanza libre, es decir, que se puede llegar a ser maestro, que se pueden tener las condiciones necesarias para educar, para guiar los espíritus de los niños por el mero hecho de haberse aprendido unos cuantos textos (malos en su mayoría) y que se sueltan de memoria en el momento del examen. Lo triste es que casi se reduce a esto también la labor del alumno oficial.

Con estos elementos de profesorado, métodos de enseñanza y alumnos, ¿se puede esperar una pronta

mejora en la enseñanza primaria? Ciertamente que no. Es de esperar que en un régimen futuro se atienda principalmente a la enseñanza y al derecho.

Visado por la Censura

== MOMENTOS ==

I

Hoy está de veletas deshojadas
el horizonte lleno.
Y el camino manchado
de sombra y de silencio
que derraman los árboles volcados:
orgía de ciclones marineros.
Tu melena imantada
desclava los luceros.
La flecha de la brújula
ha cerrado la Polar en tu hemisferio.
Y el corro de los Puntos cardinales
arrastra sin compás los derroteros.
El mar sin barcos junto al campo solo.
Nube —jockey del viento—,
llévate el Sol plegado, que de angustia
se marchita en mis dedos.

II

Un sueño desarbolado
navega por tus ojos.
Anclan jirones de viento
en mares de ocaso roto.
El mar solo se desgrefa
en monólogos de un hondo
recuerdo de lluvia sorda.
—El faro parece insomnio—.
El alba tiende sus manos
mojadas de tus sollozos.

III

Aquel árbol se ha puesto
la peineta del Sol en su melena.
Y en él quieren los pájaros
jugar a la verbena,
mientras dos mariposas se disputan
un raid en torno de tu mano abierta:
vela hinchada de tarde
sobre la noria quieta.
Buscan los marineros despistados
sobre la playa huérfana
su ola rota, vendada
de rutas marineras.
¿Quién dirá que su seno,
nutridor de miradas y tormentas,
duerme besos de mar
en mi costa desierta?

EUGENIO FRUTOS.

TIRANO BANDERAS

EL JUEGUITO DE LA RANA

Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

(Continuación.)

Ponderó el ricacho:

—Eso es hacer política sabia.

Y susurró confidencial la momia:

—Don Teles, para esa política preciso un gordo amunicionamiento de plata. ¿Qué dice el amigo? Séame leal, y que no salga de los dos ninguna cosa de lo hablado. Le tomo por consejero, reconociendo lo mucho que vale.

Don Teles, soplándose los bigotes escarchados de brillantina, aspiraba —deleite de sibarita— las auras barberiles que derramaba en su ámbito. Resplandecía como búdico vientre la gran cebolla de su calva. Esfumábase en su pensamiento un sueño de orientales mirajes: La contrata de vitualla para el Ejército Libertador. Cortó el encanto Tirano Banderas:

—Mucho lo medita, y hace bien, que el asunto tiene toda la importancia.

Declamó el ricacho, con la mano sobre la botarga:

—Mi fortuna, muy escasa siempre, y estos tiempos harto quebrantada, en su corta medida está al servicio del Gobierno. Pobre es mi ayuda: pero ella representa el fruto del trabajo honrado en esta tierra generosa, a la cual amo como a una patria de elección.

Generalito Banderas interrumpió con el ademán impaciente de apartarse un tábano:

—¿La Colonia española no cubriría un empréstito?

—La Colonia ha sufrido mucho estos tiempos. Sin embargo, teniendo en cuenta sus vinculaciones con la República...

El Generalito plegó la boca, reconcentrando en un pensamiento:

—¿La Colonia española comprende hasta dónde peligran sus intereses con el ideario de la Revolución? Si lo comprende, trabájela usted en el sentido indicado. El Gobierno sólo cuenta con ella para el triunfo del orden: El país está anarquizado por las malas propagandas.

Inflóse Don Teles:

—El indio dueño de la tierra, es una utopía de universitarios.

—Conformes. Por eso le decía que a los científicos hay que darles puestos fuera del país, adonde su talento no sea perjudicial para la República. Don Teles, es indispensable un amunicionamiento de plata, y usted queda comisionado para todo lo referente. Véase con el Secretario de Finanzas. No lo dilate. El Licenciadito tiene estudiado el asunto y le pondrá al corriente. Discutan las garantías y resuelvan violento. Es de la mayor urgencia balear con plata a los revolucionarios. El extranjero acoge las calumnias que propalan las Agencias. Hemos protestado por la vía diplomática para que sea coaccionada la campaña de difamación, pero no basta.

Amigo Don Teles, a su bien tajada péñola le corresponde redactar un documento que, con las firmas de los españoles preeminentes, sirva para ilustrar al Gobierno de la Madre Patria. La Colonia debe señalar una orientación, hacerles saber a los estadistas distraídos que el ideario revolucionario es el peligro amarillo en América. La Revolución representa la ruina de los estancieros españoles. Que lo sepan allá, que se capaciten. ¡Es muy grave el momento, Don Teles! Por rumores que me llegaron, tengo noticia de cierta actuación que proyecta el Cuerpo Diplomático. Los rumores son de una protesta por las ejecuciones de Zamalpoa. ¿Sabe usted si esa protesta piensa suscribirla el Ministro de España?

Al rico gachupín se le enrojeció la calva.

—¿Sería una bofetada a la Colonia!

—¿Y el Ministro de España, considera usted que sea sujeto para esas bofetadas?

—Es hombre apático... Hace lo que le cuesta menos trabajo. Hombre poco claro.

—¿No hace negocios?

—Hace deudas, que no paga. ¿Quiere usted mayor negocio? Mira como un destierro su radicación en la República.

—¿Que se teme usted una pendejada?

—Me la temo.

—Pues hay que evitarla.

El gachupín simuló una inspiración repentina, con palmada en la frente panzona:

—La Colonia puede actuar sobre el Ministro.

Don Santos rasgó con una sonrisa su verde máscara indiana:

—Eso se llama meter el tejo por la boca de la ranita. Conviene actuar violento. Los españoles aquí radicados tienen intereses contrarios a las utopías de la Diplomacia. Todas esas lucubraciones del protocolo suponen un desconocimiento de las realidades americanas. La Humanidad, para la política de estos países, es una entelequia con tres cabezas: El criollo, el indio y el negro. Tres Humanidades. Otra política para estos climas es pura macana.

El gachupín, barroco y pomposo, le tendió la mano:

—¿Mi admiración crece escuchándole!

—No se dilate, Don Teles. Quiere decirse que se remite para mañana la invitación que le hice. ¿A usted no le complace el juego de la ranita? Es mi medicina para esparcir el ánimo... mi juego desde chamaco, y lo practico todas las tardes. Muy saludable, no arruina como otros juegos.

El ricacho se arrebolaba:

—¿Asombroso cómo somos de gustos parejos!

—Don Teles, hasta luego.

Interrogó el capuchín:

—¿Lueguito será mañana?

Movió la cabeza Don Santos.

—Si antes puede ser, antes. Yo no duermo.

Encomió Don Teles:

—¿Maestro de energía, como dicen en nuestro Diario!

El Tirano le despidió, ceremonioso, desbaratada la voz en una cucaña de gallos.

VII

—Era Diego Pernaes
de buena generación;
pero las obligaciones
de su sangre, no siguió.

El canto, acompañado de un guitarrín, desgarraba el calino silencio. Tirano Banderas, sumido en el hueco de la ventana, tenía siempre el prestigio de un pájaro nocharniago. Desde aquella altura figaba la campa donde seguían maniobrando algunos pelotones de indios, armados con fusiles antiguos. La ciudad se encendía de reflejos sobre la marina esmeralda. La brisa era fragante, plena de azahares y tamarindos. En el cielo, remoto y desierto, subían globos de verbena con cauda de luces. Santa Fe celebraba sus ferias otoñales, tradición que venía del tiempo de los virreyes españoles. Por la conga del convento, saltarín y liviano, con morisquetas de lechuguino, rodaba el quitrín de Don Teles. La Ciudad de Santa Fe, pueril ajedrezado de blancas y rosadas azoteas, tenía una luminosa palpitación, acastillada en la curva del Puerto. La marina era llena de cabrilleos, y en la desolación azul, toda azul, de la tarde, encendían su roja llamarada las cornetas de los cuarteles. El quitrín del gachupín saltaba, como una araña negra, en el final solanero de la Cuesta. Tirano Banderas, agaritado en la ventana, inmóvil y distante, acrecentaba su prestigio de pájaro sagrado. La Cuesta flotaba en la luminosidad del marino poniente, y un ciego cribado de viruelas rasgaba el guitarrillo al pie de los nopales, que proyectaban sus brazos como candelabros de Jerusalén. La voz del ciego desgarraba el calino silencio:

—Era Diego Pernaes
de noble generación;
pero las obligaciones
de su sangre, no siguió.

Sobre la loma de granados y palmas, encendía los azulejos de sus redondas cúpulas coloniales, San Martín de los Mos-

VIII

tenses. Tirano Banderas, terminado el despacho, salió por la arcada del claustro bajo el jardín de los frailes. Le seguían compadritos y edecanes:

—¡Se acabó la obligación! Ahora, si les parece bien, mis amigos, vamos a divertir honestamente este rabo de tarde en el jueguecito de la rana.

Rancio y cumplimentero, invitaba por la trinca, sin perder el rostro sus vinagres, y se pasaba por la calavera el pañuelo de hierbas, propio de dómine o donado. El Jardín de los Frailes, geométrica ruina de cactus y laureles, gozaba la vista del mar. Por las mornas tapias corrían amarillos lagartos. En aquel paraje estaba el juego de la rana, ya crepuscular, recién pintado de verde. El Tirano, todas las tardes, esparcía su tedio en este divertimento. Pausado y prolijo, rumiando la coca, hacía sus tiradas. En los yerros, su boca rasgábase toda verde, con una mueca. Se mostraba muy codicioso y atento a los lances del juego, sin ser parte a distraerle las descargas de fusilería que levantaban cirrus de humo a lo lejos, por la banda de la marina. Las sentencias de muerte se cumplimentaban al ponerse el sol, y cada tarde era pasada por las armas alguna cuerda de revolucionarios. Tirano Banderas, ajeno a la fusilería, cruel y vesánico, afinaba el punto apretando la boca. Los cirrus de humo volaban sobre el mar. ¡Rana! El Tirano, siempre austero, vuelto a la trinca de compadres, desplegaba el pañuelo de dómine, enjugándose el cráneo pelado:

—¡Aprendan, y no se distraigan del juego con macanas!

Un vaho pesado, calor y catinga, anunciaba la proximidad de la manigua, donde el crepúsculo enciende, con las estrellas, los ojos de los jaguares.

IX

Aquella india vieja, acurrucada en la sombra de un toldillo, con el bochinche de limonada y aguardiente, se ha hispido, remilgada y corretona bajo la seña del Tirano:

—¡Horita, mi jefe!

Doña Lupita cruza las manos, enanas y orientales, apretándose al pecho los cabos del rebocillo, tirado de priesa sobre la greña. Tenía esclava la sonrisa y los ojos oblicuos de serpiente sabia. Los pies descalzos, pulidos como las manos, engañosa de mieles y lisonjas la plática:

—¡Mándeme, no más, mi Generalito!

Generalito Banderas doblaba el pañuelo, muy escrupuloso y espetado:

—¿Se gana plata, Doña Lupita?

—¡Mi jefecito, paciencia se gana! ¡Paciencia y trabajos, que es ganar la Gloria Bendita! Viernes pasado compré un mecate para me ajorcar, y un ángel se puso de por medio. ¡Mi jefecito, no di con una escarpia!

Tirano Banderas, parsimonioso, chascaba la coca. Le temblaba la quijada y le saltaba la nuez bajo el pergamino del papo:

—¿Diga, mi vieja, y qué le sucedió al mecato?

—A la Santa de Lima amarrado se lo tengo, mi jefecito.

—¿Qué le solicitaba, vieja?

—Niño Santos, pues que su merced disfrute mil años de soberanía.

—¡No me haga pendejo, Doña Lupita! ¿De qué año son las enchiladas?

—¡Merito acaban de enfriarse, patroncito!

—¿Qué otra cosa tiene en la mesilla?

—Coquitos de agua. ¡La chicha muy superior, mi jefecito! Aguardiente para el gauchaje.

—Pregúntele, vieja, el gusto a los circunstantes, y sirva la convidada.

Doña Lupita, torciendo las puntas del rebocillo, interrogó al concurso que se acampaba en torno de la rana, adulador y medroso ante la momia del Tirano:

—¿Con qué gustan sus señorías de refrescarse? Les antepongo que solamente tres copas tengo en el furricallo. Denantes, pasó un coronelito briago, que todo me lo hizo cachizas, caminándose sin pagar el gasto.

El Tirano formuló lacónico:

—Denúncielo en forma, y se hará justicia.

Doña Lupita jugó el rebocillo como una dama de teatro:

—¡Mi jefecito, el memorialista no moja la pluma sin tocar por delante su estipendio!

Marcó un temblor la barbilla del Tirano:

—Tampoco es razón. A mi sala de audiencias puede llegar

el último cholo de la República. Licenciado Sostenes Carrillo, queda a su cargo instruir el proceso en averiguación del supuesto fregado...

Doña Lupita, corretona y haldeando, fué a sacar los cocos puestos bajo una cobertera de palmitos en la tierra regada. El Tirano, sentado en el poyo miradero de los frailes, esparcía el ánimo cargado de cuidados. Sobre el bastón con borlas doctorales y puño de oro, cruzaba la cera de las manos. En la barbilla, un temblor, en la boca verdosa, un gesto ambiguo de risa, mofa y vinagre:

—Tiene mucha letra la guaina, Señor Licenciado.

—Patroncito, ha visto la chuela.

—Muy ocurrente en las leperadas. ¡Putá madre! Yo la conozco de cuando fuí abanderado en el Séptimo Ligero. Era allí rabona.

Doña Lupita amusgaba la oreja, haldeando por el jaca-lito. El Licenciado recayó con apremio chuflero:

—¡No se suma, mi vieja!

—En boca cerrada no entran moscas, valedorcito.

—No hay sello para una vuelta de mancuerna.

—¡Santísimo Juez!

—¿Qué valedor le arrugó el tenderete, mi vieja? No se atore y suelte el gallo.

—¡No me apriete, niño, que me expone a una venganza!

El Señor Licenciado era feliz, rejoneando a la vieja por divertir la hipocondría del Tirano. Doña Lupita, falsa y apenujada, trajo las palmas con el fruto enracimado, y un trinquete para rebanarlo. El Mayor Abilio del Valle, que se preciaba de haber cortado muchas cabezas, pidió la gracia de meter el facón a los coquitos de agua. Lo hizo con destreza mambís. Bélico y triunfador, ofrendó como el cráneo de un cacique enemigo, el primer coquito al Tirano. La momia amarilla desplegó las manos y tomó una mitad pulcramente:

—Mayorcito, el concho que resta, esa vieja maullona que se lo beba. Si hay ponzoña, que los dos reventemos.

Doña Lupita, avizorada, tomó el concho, saludando y bebiendo:

—Mi generalito, no hay más que un firme acatamiento en esta cuera vieja.

Tirano Banderas, taciturno, recogido en el poyo de los frailes, bajo la sombra de los ramajes, era un negro garabato de lechuzo. Raro prestigio cobró de pronto aquella sombra, y aquella voz de caña hueca, raro imperio:

—Doña Lupita, si como dice me aprecia, declare el nombre del pendejo briago que en tan poco se tiene. Luego, luego vos veréis, vieja, que también la aprecia Santos Banderas. Dame la mano, vieja...

—Taitita, dejá sos la bese.

Tirano Banderas oyó, sin moverse, el nombre que temblando le secreció la vieja. Los compadritos, en torno de la rana, callaban amusgados, y a hurto se hacían alguna seña. La momia indiana:

—¡Chac, chac!

X

Tirano Banderas caminaba taciturno. Los compadres, llamados como en un entierro, formaban la escolta detrás. Se detuvo en la sombra del convento, bajo el alerta del guaita, que en el campanario sin campanas clavaba la luna con la bayoneta. Tirano Banderas estúvose mirando el cielo de estrellas. Amaba la noche y los astros. El arcano de bellos enigmas recogía el dolor de su alma tétrica. Sabía numerar el tiempo por las constelaciones. Con la matemática luminosa de las estrellas se maravillaba. La eternidad de las leyes siderales abría una coma religiosa en su estoica crueldad indiana. Atravesó la puerta del convento bajo el grito nocturno del guaita de la torre. El retén, abriendo filas, presentó armas. Tirano Banderas, receloso, al pasar, escudriñaba el rostro oscuro de los soldados.

(Continuará.)

EL ESTUDIANTE espera de cada uno de sus lectores una intensa labor de propaganda, ya que sólo de esta forma podrán contribuir a hacer cada vez más grandes los horizontes de nuestra Revista. A medida que vaya aumentando, con semejante labor de propaganda, el número de sus suscriptores, EL ESTUDIANTE aumentará así mismo en sus medios y conseguirá, al cabo, ser en España el semanario de la conciencia nacional.

— POETAS Y BUFONES —

Este interesante artículo de Vasconcelos fué el que motivó la discusión entre el joven publicista peruano Edwin Elmore y el bufón Santos Chocano, también peruano. Discusión ésta que fué terminada por Chocano, matando traidoramente a Elmore, entusiasta líder de la juventud peruana.

La diferencia es tan antigua como la simulación. Los verdaderos poetas, los grandes trágicos Esquilo y Sófocles fueron hombres y fueron rebeldes. ¿Y para qué hacer una lista muy larga si en todas las literaturas ha habido poetas sinceros, al mismo tiempo que bufones y retóricos, simuladores de la poesía? Nuestra América ha dado también los dos géneros de poetas; unos cuantos poetas de verdad y varios centenares de retórico en verso. De los huecos lugares comunes elegantes de esta última carta no quedará en veinte años ni el recuerdo; pero en el instante presente todavía pueden causar daño, y esto hay que evitarlo mediante un saneamiento rápido, severo, inmisericorde. Nos referimos, en particular, a Lugones, porque ya de Chocano no es menester ocuparse. Chocano dejó en México las páginas más brillantes de su vida; aquí se hizo verbo de la nobilísima revolución contra Victoriano Huerta; sus arengas se leían por la noche en los campamentos, en las esperas prolongadas del vivac; las sabía de memoria la oficialidad y se recitaban antes y después de los combates. Posteriormente se le criticó porque Villa le dió algún dinero, como si Villa y Carranza y todos los que no dan lo suyo no hubiesen colmado de dinero a otros, menos merecedores que Chocano. Lo grave es que ya desde aquí comenzó Chocano a enseñar el cobre, a perder el barniz de poeta, para dejar al descubierto el lacayo; pues Chocano, que estuvo muy bien alabando a Villa cuando vendía a los ejércitos de la dictadura, cometió después el crimen de adular a Villa, asesino y tirano. Perdió la partida su amo reciente, y entonces Chocano, ya sin freno ni poder, se fué a cortejar a Estrada Cabrera, la víspera de que se derrumbara. Después de aquel fracaso, Chocano recorrió otros caminos todavía más sucios, pues creo que estuvo en Venezuela, y, finalmente, se ha ido a juntar con el verdugo de su patria. Sólo dos hombres —ha dicho recientemente—, sólo dos hombres de los que hoy viven, pasarán a la inmortalidad: Leguía y yo; esto revela al bufón. El poeta ya hace tiempo que se había perdido.

¿Pero qué tiene que hacer en toda esta triste farsa el bueno de Lugones, el honrado Lugones, el delicado poeta Lugones? Está bien que los hijos de las barbaries militaristas claudiquen desde antes de nacer y se sometan al yugo y alaben la espada asesina, que los privó de hermano, pero que aún puede cortar también la otra cabeza, la cabeza cantora. Pero Lugones, el poeta de la Argentina, el poeta de la civilización, ¿contagiado a última hora de los pavores de la cafretería!

Si las noticias no estuviesen plenamente confirmadas, si no hubiésemos leído en *La Nación* el texto aprobado por Lugones, todavía estaríamos negando, por lealtad al amigo y admiración al poeta, la exactitud de sus declaraciones. Pero delante de la verdad no hay más que un deber: proclamarla. ¡Duele, pero limpia! También Lugones, que ha podido ser poeta,

se ha convertido en bufón. Su caso es más grave, porque no le asiste ni la excusa de la necesidad. Lugones es hombre honesto, que no tiene trampas que cubrir, ni dilapida fortunas en vanidades tontas, ni depende de un país esclavizado. Lugones tiene su presupuesto cómodamente cubierto y disfrutaba de toda la consideración de un pueblo que respeta y recompensa el pensamiento libre. Lugones no procede como Chocano, impulsado por el afán de placeres; su caso es tal vez más lamentable, porque sólo lo explica una predisposición de temperamento; quizás ya estaba en su sangre no ser de los que se yerguen para lanzar el rayo, sino de los que se abaten desde que el relámpago tiembla en la altura.

Hemos perdido un poeta y hemos ganado un bufón; eso es todo, y no hay de qué alarmarse, jóvenes amigos de la Argentina, que me pedís unas palabras de censura para "el mal hombre". Vosotros sabéis, mejor que yo, que Lugones es un buen hombre, cultísimo, de trato fino y agradable, y dotado de una inteligencia que cautiva cuando no deslumbra. No es un mal hombre; lo que pasa es que no es un hombre, es un retórico, y el retórico, a semejanza del bufón, es capaz de sacrificar una situación o una tesis por darse el gusto de hacer una frase, tal y como el bufón arriesga a veces el puntapié a cambio de soltar un buen chiste. Lugones se ha puesto así porque ustedes han querido tomarlo en serio, en actividades ajenas a su don de retórico con musiquita. A Lugones lo han llamado genio, congéneres suyos que se emborrachan de rima y se dejan subyugar del mero ritmo, como los osos alrededor del organillo. Cuando se pretende que eso es el arte, las sociedades se encogen de hombros y ríen. En cambio, cuando aparece un artista de verdad, un poeta auténtico, generalmente lo cuelgan, porque estorba el funcionamiento normal de la iniquidad. La suerte de Lugones y la suerte de Chocano nos confirman que ambos son del género divertido, no del género trágico. Son nada más que bufones; no llegan a ser, según escribe desde Buenos Aires un amigo indignado: *traidores a la humanidad*. No son más que los bufones de la sangrienta mascarada de América. Atendad a lo que dice el bufón más reciente, el ex poeta Lugones, que no pudiendo hallar eco en su noble y civilizada patria, se ha tenido que ir a las cortes de Caín, para ganar aplausos de esclavos y favores de dictadorzuelos —hombrecillos poderosos de su región—, pero que no tienen ni nombre, porque hasta sus nombres se olvidaron en el mismo instante en que otro golpe de fortuna los despoja del mando. "El pacifismo —declara Lugones— no es más que el culto del miedo o la añagaza de la conquista roja; sólo hay cuatro valores elementales, y todos ellos proceden de la fuerza que se manifiesta en el arrojo y el valor." Muy valientes todos estos caudillos de espada, pero que nunca caminan si no van rodeados de escoltas, pues lo que ellos practican no es el valor, sino el derecho de "madrugar"; es decir, de matar primero al contrario. Lugones tiene la excusa de que no sabe de estos valores, porque siempre ha vivido en la civilizada Argentina. El conoce los episodios de la fuerza sólo en los poemas de Homero. Si viese a su gente subyugada por los degolladores, quizá no sería tan vil como Chocano, que ayudó con sus consejos a los asesinos de Guatemala, para que las ametralladoras hicieran más

efecto en la ciudad que se rebelase después de veinte años de ignominia. Lugones conoce la guerra en los libros y sólo porque no la ha visto de cerca puede afirmar eso de "ha sonado para bien del mundo la hora de la espada". Podría decirse que no opinaba de esa manera cuando se sumó a las filas aliadófilas para combatir la espada conquistadora de Guillermo II; pero no vale discutir esta clase de afirmaciones, que los hechos mismos se encargan de echar por tierra. La respuesta inexorable de los hechos se la han dado a Lugones los mismos militares de Chile, que, convencidos de su error, en vez de seguir blandiendo la espada, han devuelto el poder al civil Alessandri, el hombre de pensamiento, no el hombre de instinto. Lugones habló en Chile seducido por el éxito momentáneo de una asonada militar; le pagarían nada más con un banquete; pero él llegó a Buenos Aires muy ufano a proclamar en las columnas de *La Nación* que los militares de Chile eran mejores que los civiles. Sin embargo, los militares de Chile cpinaron al revés de Lugones, volviendo a instalar en el Poder a esos malos civiles. Cuando Lugones habló, los civiles eran lo peor de Chile, simplemente porque habían perdido y los temperamentos cobardes solamente tienen delante un patrón y una industria: el éxito. Por eso están cambiando constantemente de señor. Afortunadamente, el mundo no es tal como lo miran los pusilánimes: el mundo marcha, a veces, hacia adelante, como ha sucedido en Chile, hacia la libertad y la justicia, no hacia el crimen de la espada.

Yo sé que en la Argentina se ha desarrollado toda una campaña para desmentir y contrariar el pensamiento de Lugones; pero creo que la situación se exagera. A Lugones hay que calmarle los nervios atemorizados. Conzenzasele de que la revolución social no lo privará de sus goces honestos, de su ropa nueva y de su hogar tranquilo, ni de sus veraneos en Mar del Plata, ni de los viajeitos periódicos a Europa, y con eso bastará para que le pase la alarma. El ha oído pasar, desde algún balcón, alguna de las manifestaciones obreras de Buenos Aires, en las que no faltan gritos de "¡Abajo los burgueses!", y él se ha sentido aludido y teme por su casita y sus comodidades, y se ha ido por el Perú y por Chile en busca de espada que contenga la demagogía, que discipline y someta a los revoltosos. El ya disfruta de Justicia, disfruta de bienestar; ¡qué le importa que los demás no lo alcancen! Vuélvanlo a su juicio diciéndole que la revolución social trae justicia para todos, aun para aquellos que no ayudaron a conquistarla.

Y no tomemos en cuenta lo que dice, porque padece de susto, y esto es todo. No se trata sino de un bufón asustado que se pone serio un instante y grita: "Amo mío, levante vuestra merced la espada, porque andan por allí unos malandrines que intentan quitarme mi jubón y mi pandero." Un bufón de las letras grita asustado; eso es todo. La libertad sigue bregando.

JOSÉ VASCONCELOS.

EL ESTUDIANTE tiene representantes en muchos centros de enseñanza, y desea tenerlos en todos. Podrán dirigirse, por consiguiente, a nuestra revista, demandando tal representación aquellas personas que más enlazadas se hallen con el espíritu que anima a *EL ESTUDIANTE*.

SOLILOQUIOS

EL CREADOR Y EL MAESTRO

Para ser maestro es preciso ser algo pedante. Los creadores, los inventores, no son nunca maestros, en el sentido de transmitir sistemáticamente unos conocimientos. Para ello se requiere una serenidad mediocre y una presunción intelectual incompatible con el poderío creador, de por sí azaroso, emotivo, ingenuo a la par, tímido y orgulloso. El creador es la naturaleza viviente, profusa y cambiante; el maestro, la cristalización, la previsión, el artificio. La actividad del primero es esencialmente agresiva, vital; la del segundo, pasivo, inerte. Con el primero crece la vida; con el último se amojama y conserva. El uno arde y se arriesga virilmente en el peligro de la pasión; el otro, con el salvavidas de la reflexión, se anquilosa y apolilla.

HOMBRE INTELIGENTE

Un hombre inteligente motiva siempre inteligentemente las arbitrariedades de su ser, crea como una especie de ciencia de ellas, inventa sus reglas, leyes y hasta principios, con los cuales abruma a los demás, pues le sirven para juzgarlos o condenarlos. Sí; de sí mismo llega a hacer la medida de todas las cosas, el arquetipo universal, y su indiosincrasia o sus debilidades se transforman en armas temibles para el prójimo, armas henchidas de criterio que absuelve o condena. ¡Terrible hombre! Los demás, ante él, tiemblan al pensar si ellos y sus cosas serán, *en él*, una virtud o un pecado...

ESCENOGRAFÍA DE RIGAUD

Esos cuadros de Rigaud, de una escenografía opípara, de tan archidespampanante teatralidad, dan exactamente la medida del siglo XVII francés; con su bambolla, su fausto de ópera aburrida, su olor almizclado a ropería histrionica, el aire de rimbombante tablado que dió a su época la aerostática vanidad del Rey Sol. Y este pobre Gran Rey, que Rigaud ha retratado como un monstruo de la realeza, con su enorme y abrumadora peluca, y sus mantos magníficos, indecentemente levantados para ostentar desnudeces de pálidas sedas; así como el grandilocuente Bossuet con sus opulentas camisas sacerdotales y sus exuberantes encajes, vestiduras de voluptuosos pliegues de odalisca eclesiástica, representan su papel sobre los fondos de los abullonados cortinajes, las toscanas columnas y los jardines sombríos, con un aire de comediantes hipnotizados, creyentes de sí mismos, a los cuales el pintor parece haber retratado irónicamente como el reclamo decorativo de una boyante empresa de pompas regias y cortesanas. Rigaud ha sido el malicioso y cándido pintor de esa sociedad inflada por el sople pulmonar de un hombre superlativamente vanidoso, que tuvo el arte —genuinamente galo— de hacer de su vanidad un espectáculo interesante, como lo es la tonta y ceremoniosa belleza del pavo real, que todo, hasta sus más ínfimos menesteres, lo hace siempre con su sempiterno traje de gala.

DIONISIO DE LA CRUZ.

Londres, 1925.

La enseñanza del Derecho

Puntos de vista

por ANGEL OSSORIO Y GALLARDO

(Continuación.)

Consecuencia: si el régimen del Doctorado que conocemos es indudablemente estéril, habrá que intentar otras calicatas para que mane el caudal científico.

Desprendo de todo esto la precisión de establecer una distinción radical entre la Escuela y la Facultad: aquélla, muy disciplinada, muy rígida, muy práctica, muy militarizada, idónea para formar hombres que han de servir a diario, en un orden de realidades, las necesidades jurídicas de sus compatriotas; la segunda, muy libre, muy soñadora, muy anárquica, como dispuesta a ensanchar los dominios de la Ciencia, cosa que no se puede cuadrar.

Hablemos de ambas.

LA ESCUELA

No es la Escuela una mera fuente de tecnicismos. Es, en igual grado, una formación moral, llamada a producir efecto en sus alumnos mientras vivan. Una buena Escuela de Derecho no se limitaría a enseñar las varias ramas del mismo, sino a constituir caracteres, a sembrar devociones y abnegaciones, a establecer solidaridades... En una palabra, a crear un tipo y un núcleo sociales.

Los servidores de la Fuerza adquieren en sus escuelas la concepción del Ejército y se sienten inexorablemente ligados a un ideario, a unas maneras, a una confraternidad que hacen de aquél un enorme artefacto con el que hay que contar a cualquier hora. Para el servicio desinteresado de la Patria, lo mismo que para la pasión política o para el extravío del espíritu de clase, los militares son unidad, y, como tal unidad pesan —para bien o para mal— en el destino de su país. Nadie pensará que eso se logra a puro saber matemáticas, o balística, o estrategia; se consigue por la unificación de procedencia y por la vida disciplinada y común desde la juventud.

Mil veces más precisa que la Fuerza es la Justicia. Los pueblos necesitan de las armas en etapas excepcionales y breves; mas lo que les cataloga en la civilización es el sentido del Derecho. Pueblo tan pequeño como Bélgica necesitó y supo defender su independencia con las bayonetas; pero no son las bayonetas, sino la cultura y la justicia, quienes le mantienen en la primera línea de los europeos. El soldado es para un día; el magistrado es para todos.

Si en España —harto necesitada de vigorizar su sentido jurídico— ha de imperar la Justicia y no ser arrollada a todas horas, habrá que pensar en la constitución espiritual de los llamados a servirla. Y no será cosa llana semejante empresa sin una Escuela en la que se descubra el panorama social y se modele el temperamento de los individuos.

Hoy, al ingresar el Licenciado en algún Cuerpo o tantear el libre ejercicio de la profesión, todo son sorpresas y desencantos. “¡Yo no sabía lo que era esto!” “¡Si a mí me hubieran dicho!” “¡Quién se iba a figurar!” De ahí los jueces malhumorados y decaídos,

los notarios y registradores ausentes de sus oficinas, los abogados inquietos e inmorales; todo ese mundo de juristas que no hallan en la vida el asiento de su gusto. La Escuela podría cambiar de cabo a rabo tan peligroso estado de cosas, haciendo que en la primera juventud, de los quince a los veinte años, los muchos cobrasen vocación y ardimiento casi religiosos para consagrarse a la Justicia como al concepto más noble y alto en lo humano, o abandonasen el camino para buscar otro más cómodo, aunque más prosaico. No se puede ser abogado como se es tenedor de libros, delineante o empleado ministerial. Quien no sienta el alma inflamada por una pasión de justicia y no se crea capaz de sacrificios para darla culto, debe buscar una vida vegetativa y encalmada. Sobran senderos para arribar a ella.

* * *

Necesidad coincidente con la anterior, cuando no distinta faceta de la misma, es que el estudiante debe vivir todo el día para el estudio y el profesor todo el día para la enseñanza. En la actualidad, unos y otros viven universitariamente las horas de clase... y gracias. El catedrático tiene la cátedra como un modo de “ayudarse”, porque ocupa poco tiempo. Lo principal de su actividad está absorbido por la política, el ejercicio de la profesión, la intervención en sociedades, la colaboración en periódicos y revistas, o la vida elegante y mundana. El alumno, en cuanto escapa del aula —si es que va— necesita su tiempo para el fútbol, las carambolas, la tertulia cafetera, el asedio de modistas, como aperitivo, y la captación de una dote, como plato fuerte.

Así, es frecuente esa realidad, que parece aberración de los Licenciados en Derecho que “no han dado” testamentos o “no han dado” contratos. Y aquella otra del profesor de Historia que un año cerraba la enseñanza en Felipe V y otro la comenzaba en el mismo monarca. Y la no menos maravillosa de condensar la Economía política del siglo XX! en quince lecciones. De modo que se puede ejercer la Abogacía sin saber lo que es la compraventa o el testamento abierto. Pero, eso sí, se sabe de memoria tantas definiciones del Derecho como asignaturas se han cursado.

Algunos me objetan que es más útil el catedrático que profundiza en una institución con gran sentido filosófico y notable acopio de erudición que aquel otro dedicado a dar de todas las instituciones una noción somera. Lo niego en redondo. Para formar sabios, será, en efecto, preferible quien enseñe a filosofar y a investigar, aunque lo haga en tema minúsculo. Pero la Licenciatura no tiene como finalidad crear sabios, sino hombres suficientes para desempeñar las profesiones y los cargos públicos. Bueno será para un secretario judicial conocer las novísimas teorías de Derecho penal. Nadie lo niega. Pero ignorándolas, puede ser un funcionario eficaz. En cambio, será una calamidad pública si en la Universidad se olvidaron de enseñarle el Código Penal y la Ley de Enjuiciamiento criminal.

Los que han de manejar el derecho positivo no pueden conocer sólo esta o aquella parte. Necesitan saberlas todas, so pena de ser defraudadores del interés social.

Espanta ver que los intereses de todos nosotros están confiados a las manos de un mozo a quien, como juez, le dan cuenta, por ejemplo, de un retracto, y pregunta asombrado:

—¿Un retracto? ¿Qué es eso? En mi vida lo he oído nombrar.

* * *

Debiera la escuela hallarse inspirada siempre en dos preocupaciones paralelas: en lo moral, elevar la conciencia; en lo técnico, fomentar el sentido realista.

Doy gran importancia a lo primero, por la razón que antes apunté. Quien profesa el Derecho, de igual modo que quien profesa la Medicina, no deben ver esas carreras como un medio cualquiera de ganarse la vida, sino que, elevándose de la conveniencia individual a los fines trascendentes, han de considerar que, merced a su labor, la humanidad puede ser más buena y la vida más tolerable. En cada manifestación de sus actividades se llena una necesidad, pero también se da un ejemplo. El consejo sincero y noble de un Letrado es provechoso para quien lo recibe y, al mismo tiempo, educador para cuantas gentes se enteran de él. La sentencia de un Juez resuelve el caso de dos litigantes, pero alumbra y guía la conducta de muchísimos hombres que no pleitean. Abogacía y Magistratura son, antes que profesiones, magisterios y sacerdocios.

Por otro lado, la devoción al Derecho y la afición a regular las relaciones humanas por medios racionales son cosas que imprimen carácter a la vida nacional. Allí donde prevalecen, es fácil librarse de sacudidas violentas, de revoluciones y de tiranías. Donde son desconocidas o menospreciadas, queda el pueblo a merced de un hombre audaz o de una horda sanguinaria. La primera preocupación de un tirano —Napoleón o Lenin— es extinguir a los hombres de Derecho. La primera preocupación de las sociedades cuando reaccionan, es restablecerlos. Por eso la escuela que los forme debe persuadirlos de la incompensable gravedad de su misión privada y pública.

Lo del sentido realista responde a otra necesidad, afortunadamente satisfecha hoy ya en gran parte. Los médicos, enamorados de vencer las máximas dificultades, singularmente en lo quirúrgico, alcanzan muy honroso puesto en la terapéutica, pero tienen bastante abandonada la fisiología, cual si la normalidad del ser humano mereciese menos atención que sus estados patológicos, cuando en realidad, no es posible dominar éstos sin ser maestro en aquélla. A eso responde que habiendo cada día mayor número de especialistas duchos y de operadores notables, haya desaparecido la figura respetabilísima e insustituible del médico de familia. Los Abogados, siguiendo una evolución enteramente opuesta, sabemos cada día menos y somos cada día más útiles, precisamente porque desatendemos los arcaísmos de la hermenéutica y nos dedicamos a la fisiología familiar y social. Un sabio, preocupado con el texto legal, con sus antecedentes y concordancias, con su interpretación y su historia, corre gran riesgo de ser, in-

conscientemente, un gran infundador, por ver la vida a través de la ley. Un hombre mediocre, pero con amor al Bien y entendimiento sereno, será siempre Abogado de mucho provecho, porque no tendrá manías doctrinales y, contemplando en cada caso la vida, aconsejará lo discreto, lo pacífico, lo posible. He aquí un motivo más para no forjar en la misma fragua a los jurisconsultos y a los profesionales. Estos deben mirar a aquéllos con gran respeto y buscar sus enseñanzas, pero sin confundirse con ellos. Una cosa es desentrañar el espíritu de una institución y otra muy distinta ventilar una querrela entre particulares, arreglar la situación de una Compañía mercantil, o adoptar una oportuna medida de gobierno. La ciencia busca el señorío de lo absoluto. Los oficios y profesiones actúan sobre modestas pero delicadísimas realidades.

* * *

El plan de estudios debe abarcar tres partes: la primera, preparatoria, dividida en dos etapas: una de aseguramiento de conceptos elementales y otra de prolegómenos jurídicos; la segunda, constitutiva de la carrera propiamente dicha; y la tercera, de aplicación específica para los destinos que los alumnos piensen dar a su actividad al salir de la Escuela. A continuación me permito trazar un boceto de su desarrollo:

A.—La mayoría de los togados no sabe Literatura ni Gramática; lo cual, tratándose de profesiones que tienen como herramental la palabra hablada y escrita, es una vergonzosa paradoja.

Otro tanto ocurre con la Historia, olvidada en los comienzos del bachillerato. Y cosa muy semejante, con las ciencias referentes al espíritu humano. Ciertamente lo tocante a éste no se aprende precisamente en los libros, sino en el roce con los hombres; mas, al cabo, no está de más el conocimiento elemental de esas disciplinas, siquiera como apoyo para ulteriores estudios.

El cursillo, pues, sería de seis meses (enero a julio) y comprendería estas asignaturas:

Gramática española y preceptiva literaria.

Historia de España, en su sentido político.

Psicología, Lógica, Ética y exposición sucinta de los sistemas filosóficos.

Entiéndase que estos estudios no habían de tener pretensiones de sembrar conocimientos nuevos, sino de reafirmar los adquiridos en el Bachillerato, refrescando la memoria y dando ocasión a que el estudiante de diez y seis a veinte años vea los temas como no era posible que los viera cuando tenía diez o doce.

Invertido así el primer semestre del año, comenzaría luego el curso de preparación específica, que, como todos los sucesivos, duraría diez meses, sin más descanso que julio y agosto. La vacación universitaria actual, que alcanza cuatro meses, es una invitación a que los muchachos tomen la vida en broma.

Las materias de ese curso inicial serían éstas:

Nociones generales de Derecho.

Derecho político.

Economía política.

Derecho romano.

Historia del Derecho español.

La colocación de estas asignaturas en el año preliminar —sin necesidad de justificar lo relativo a las

(Continuará.)



Bagaría

BERTA SINGERMAN

(Dibujo de Bagaría, especial para EL ESTUDIANTE.)

El interés que las audiciones poéticas de Berta Singerman ha despertado en Madrid —interés que se ha traducido en gran éxito y también en discusiones violentas, símbolo mejor del valor artístico de esta mujer extraordinaria— no podía pasar para nosotros desapercibido.

Acerca del arte de Berta Singerman se han publicado en estos días artículos y comentarios de nuestros más autorizados críticos y literatos. Considerando que un artículo más hubiera tenido menos interés para nuestros lectores, hemos preferido ir a ver a Berta Singerman, para que ella misma nos hablara de su arte.

Y he aquí lo que, amable y acogedora, nos ha dicho:

—¿...?

—Evidentemente, yo no recito en el sentido clásico de la palabra. Yo no sigo reglas de declamación. Pretendo sólo hacer llegar al auditor la misma emoción que a mí me ha producido la poesía. Y procuro hacerlo de un modo, diríamos, directo; es decir, sin hacer pasar esta emoción por el tamiz de las reglas de declamación; yo siento así, y con la voz y con el gesto pongo de manifiesto la impresión sensitiva que en mí me ha provocado el poeta.

—¿...?

—No; para mí no hay una diferenciación entre lo que a mí me ha producido una gran impresión y lo que digo en público. Los versos que yo recito, los recito precisamente porque han producido en mí una impresión.

—¿...?

—En general, prefiero recitar poesía moderna, porque creo que hay en ella más afinidad con mi temperamento. El verso clásico tiene siempre algo de declamatorio, excluyendo al romancero, que verdaderamente me apasiona para recitarlo.

—¿...?

—Creo que el más grande poeta de América es Rubén Darío. Tengo también una gran admiración por Gabriela Mistral. Es quizá de quien más poesías llevo en mi repertorio. Me interesa mucho el poeta del Brasil, Olavio Bilac.

—¿...?

—Tengo una gran fe en los poetas nuevos de América, y creo que hay allá, en este momento, un gran florecimiento.

—¿...?

—Apenas conozco la poesía nueva de España. Hablo, naturalmente, de lo más reciente. He oído nombrar a Alberti...

—¿...?

—No; jamás he escrito nada. No he sentido nunca la necesidad, si se me permite la palabra, de hacer versos.

—¿...?

—Mi lectura preferida es la prosa. El verso me produce una gran emoción, y ella misma, acaso, me impide la continuación en la lectura.

—¿...?

—Ahora estoy trabajando en una cosa de don Ramón del Valle-Inclán, que me interesa enormemente.

—¿...?

—Sí; hice teatro siendo muy niña. Después lo abandoné para dedicarme al recitado.

—¿...?

—Tengo el propósito de formar una gran compañía, dentro de un año o año y medio, cuando termine esta *tournee*.

—¿...?

—No sé todavía si la compañía será formada aquí o en América. Mi propósito es hacer teatro de Arte. Algo he hablado de esto con Ricardo Baeza. Quiero hacer los clásicos griegos, Shakespeare, etc.

—¿...?

—Sí, tengo gran fe en ello. La compañía será formada por figuras de prestigio y las obras se montarán modernamente, con decorados luminosos, etc. Estoy convencida de que será un éxito.

—¿...?

—Estoy muy agradecida al público y a la crítica de Madrid. Me encuentro aquí como en mi casa. He tenido, además, aquí, ocasión de conocer a muchas personas interesantes.

—¿...?

—Tenía un gran deseo de venir a Madrid. Dejé Lisboa en pleno triunfo, sólo por la avidez y el deseo de venir aquí. Y ya ve usted... ya debería haberme ido. Estoy retrasando toda la excursión... Pero crea que estoy aquí muy bien. Madrid es tan acogedor...

Esto nos dice Berta Singerman. Todo nuestro agradecimiento para ella.

VERSOS

de Mariano Brull

Ya se derramará como obra plena
toda de mí —¡alma de un solo acento!—,
múltiple en voz que ordena y desordena
trémula, al borde, del huír del viento.

Y he de hallarme de nuevo —¡todo mío!—
disperso en mí, con la palabra sola:
dulce, de tierra húmeda en rocío,
blanco en la espuma de mi propia ola.

Y el ímpetu que enfrena y desenfrena
ya sin espera: todo en el momento:
y aquí y allí, esclavo —sin cadena,
¡y libre en la prisión del firmamento!

VISADO POR LA CENSURA

Revista de libros

RAFAEL ALBERTI: *Marinero en tierra*. Poesías (1924). Premio Nacional de Literatura, 1924-25. "Biblioteca Nueva". Madrid, 1925.

Anda Rafael Alberti por los veintidós años, y acaba de sacar a luz su primera obra: *Marinero en tierra*. Premio Nacional de Literatura, aparece este libro editado por "Biblioteca Nueva", con ejemplar y sobrio decoro. El acostumbrado, por lo demás, en la susomentada Casa editora, que, de esta vez, acrece sus merecimientos, arriscándose a emprender la locura admirable, por inusitada, de editar versos —admirables, inusitados también— de un poeta joven.

Poeta joven es Alberti. Joven, que no precoz. La distinción importa. Si hoy no son muchos, ciertamente, los poetas jóvenes españoles —entiendo, claro está, poetas auténticos—, poetas precoces no sé que los haya ni pueda haberlos entre nosotros. Y esto, por las mismas causas que impiden en nuestro suelo el logro de determinadas razas zoológicas, o de tales o cuales cultivos exóticos. A lo más, se da el caso del versificador precoz. Mas ocurre que semejantes versificadores, así como llegan a mayoría de edad civil, se acogen fatalmente —ni más ni menos que nuestras escritoras, danzarinas y tonadilleras, o que nuestros políticos de oposición— a vivir del renombre ganado con las gracias y encantos moceros, reventados ya y machuchos.

Hay un momento, en la vida de cada individuo, que sus rasgos somáticos y mentales llegan a término de desarrollo por donde podamos fijar certeramente su definitiva silueta. Coincide este momento con el granar de la mocedad en juventud, inmediato tránsito a la madurez. En el orden estético, del artista llegado a ese momento preciso decimos que su obra manifiesta evidente personalidad. En lo venidero, esa personalidad revelada en la obra primigenia podrá, ciertamente, depararnos sorpresas que, sin embargo, no serán sino realización de posibilidades más o menos latentes en la obra inicial. Pocos poetas, a este respecto, ofrecerán en su primer libro una personalidad más vigorosamente acusada que la de Alberti en su *Marinero en tierra*. A subrayar algunas particularidades de esa personalidad, precisamente, emprendo dedicar estas líneas.

Marinero en tierra es, a mi juicio, el más ordenado y armonioso de cuantos primeros libros de versos hayan aparecido últimamente en España. Al hablar de armonía y ordenación, me refiero, claro es, al libro considerado en su conjunto. Poco importa si hallamos en sus páginas defectos o excesos, inevitables, y, por lo demás, en nada perniciosos a esa ordenada armonía, esqueleto del libro. El título de éste es ya lo que debe ser: profesión de fe estética, y aun ética. Nada de "Rebeldías", de "Músicas recónditas", de "Inquietud". Nada de toda la mandanga organillera tremolante sobre el seudolirismo hispanoamericano. *Marinero en tierra*: campesino en la mar. Tanto vale lo uno como lo otro. Uno y otro exprimen la genuina esencia de lo lírico —ansia de evasión, transposición sentimental: algo así como lo

que dicen "morriña" los gallegos, y los catalanes, más dignamente, añoranza. "¿Mar desde el huerto; — huerto desde el mar? — ¿Ir con el que pasa cantando; — oírlo, desde lejos, cantar?" (J. R. Jiménez). Sí: mar desde el huerto. Otro día, mañana acaso, huerto desde el mar. En definitiva, actitud lírica perfecta. Si lo lírico, en el fondo, no es eso, no atino a discernir qué sea.

Alberti, en efecto, es un lírico. Precisando más, lírico andaluz. (Véase, en el libro de Alberti —pág. 121—, la "Carta de J. R. J."). "¿Tener ángel! Pido exégetas andaluces", escribía Rubén. Tener ángel, rara condición, vale tanto como poseer cierta gracia inefable, genuina gracia de cante —no de canto— y de baile, andaluces. De esa gracia o ángel, se nos aparece palmariamente asistida la poesía de Alberti. Por lo mismo, estrechamente emparentada con determinado orden de poesía popular —andaluza, principalmente— y con una bien definida línea de poetas meridionales en quien la vena popular fluye y late, pura y refinada a un tiempo.

En rigor, a la poesía de Alberti pudieran señalársele no sólo estos, sino otros muchos entronques, en el árbol de la poesía hispana. Entiendo que, en literatura, esta suerte de parentescos no arguye falta de originalidad, sino al revés. Procedencia no quiere decir influencia. A lo menos, en el sentido subalterno, y aun contumelioso, que al vocablo "influencia" suele darse en estos casos. Un cuadro de procedencias nos daría, con respecto a la obra de Alberti, tres ramas genitoras principales; a saber: nuestro verso dramático clásico; la lírica popular española; los poetas andaluces: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, J. Moreno Villa y F. García Lorca —aunque el nombre ni la obra de Alberti "no se disuelven en el río de Lorca". (*Disuelto ya en tu nieve el nombre mío*. Versos de Alberti a Lorca. *Marinero...*, página 23). De la lírica popular y de los poetas andaluces proviene principalmente, Alberti. De nuestra poesía dramática procede formalmente, por el temple y limpieza del verso, así como por otras virtudes emotivas y estéticas. No creo que puedan ni deban omitirse, a este respecto, los nombres de Zorrilla y Villaspesa (1).

Lo que, sobre todo, tiene Alberti de la lírica popular —y, más exactamente, de lo popular andaluz— es el acento, de un énfasis natural, caliente y dramático, que está reclamando para sus versos acompañamiento de guitarra. Así cuando dice: "*Quiero un pañuelo bordado — que tenga en sus cuatro picos — tu corazón dibujado*" ("El herido"); o: "*Lloren los ojos del puente — las aguas de treinta ríos*" ("Funerales"). Tan eficaz y poderoso aliento no hasta siempre, sin embargo, a redimirle de dos graves pecados estéticos: monotonía y puerilidad, singularmente. Una sección del libro —su parte más floja— lleva el título de "Nanas". "Nana" es decir: ingenuidad contrahecha y empalagosa, verso con "pucheritos": cromó. En uno de sus ensayos refiere don Miguel de Unamuno, incidentalmente, cómo un hijo suyo, cuando se soltó a hablar, llamaba "pacayo", creo, al caballo; pero se encolerizaba si oía a su padre decir también "pacayo" creyendo así hacerse entender mejor del niño. Y recalca a este propósito don Miguel lo absurdo de esa propensión a contrahacer puerilidad para acercarnos al niño y a lo infantil. Absurdo y afectación de que adolece toda la poesía "ingenua", a la cual pertenecen las "nanas" —demasiado pueriles hasta para los niños, como los cuentos que se suelen escribir exprofeso para ellos—. Afortunadamente, Alberti supera la nana con la gallardía de la copla: "*Ojitos que estáis mirando — abrid vuestra celosía — que estoy de amores penando*"; "*Quiero un pañuelo bordado...*"

(1) El Zorrilla del "Don Juan Tenorio", por ejemplo. Recuérdese la "escena del diván", limpia del sentimentalismo tópico que le han superpuesto, a modo de costra nauseabunda, tres generaciones de horteras. Y en cuanto a Villaspesa, léanse, simplemente, los sonetos de Alberti. Lo que pudiéramos llamar "topografía retórica" del soneto, es idéntica en ambos poetas. En Villaspesa, además, apunta un vago aire portugués, igualmente perceptible en Alberti, y, en éste, remachado por delicadas afinidades con Gil Vicente y con algunas letrillas de Camoens.

Con Villaspesa, representante el más caracterizado de lo que se llamó, hacia 1905, "modernismo", viene incurriéndose en culpable destimación, provocada, sin duda, por la actitud que el propio Villaspesa ha adoptado en la vida: Teatro poético (?), jiras de hispanoamericanismo, etc. Extender a la obra poética de Villaspesa el juicio reprobatório, reacción puramente ética, es, cuando menos, injusticia.

De la copla, de la canción, perduran, además, en la obra de Alberti, con el acento y con la emotividad, multitud de inconfundibles elementos técnicos: la desnudez y flexibilidad del verso, la escasa complejidad de imagen y de rima, etc. Uno de estos elementos, el más acusado sin duda, es la reiteración de una frase o verso dados, en el mismo poema: ya en la integridad de la frase o del verso, como en las viejas letrillas, o bien admitiendo variantes. ("*Me perdí en la tierra, — fuera del mar. ...Fuera de la tierra, — me perdí en el mar*" [pág. 156], o los finales de estrofa, y el ritornelo o estribillo, en el "Madrigal dramático de Ardiente y fría" [página 99]. Para hallar "pendants" a estos ejemplos, basta recorrer nuestros cancioneros y analectas de lírica popular. El "Cancionero musical", de Barbieri, p. e., o la pintoresca "Floresta de la antigua lírica popular", de Cejador.)

No quiere esto decir que Alberti sea poeta exclusivamente popular. Es castizo, pero no "castúo". Popular por el sentimiento, por la mitología vernácula que en sus versos —alusiones a sirenas y delfines; sonetos a la Virgen del Carmen— se aparece tan admirablemente asimilada. Pero, a la par, ¡qué arte refinado y magnífico! Pocos poetas saben ni han sabido, entre nosotros, modernamente, dar al endecasílabo la diáfana y señorial que Alberti. —*Yo, marinero en la ribera mía — posada sobre un dulce y cano río — que da su brazo al mar de Andalucía* ("Sueño del marinero").— En cuanto a sus restantes versos de arte mayor, sería por extremo curioso estudiar en ellos sonoridades, giros y efectos, delatores de rubeniana ascendencia, complicada con un estar de vuelta de ciertos poetas franceses. Las dimensiones y el fin de esta nota no consienten semejante estudio. Pero, si esto no, consienten e imponen, en cambio, la formación de un como itinerario para uso de quienes lean el libro de Alberti, indicando preferentemente en él, a la consideración del lector, aquellos poemas que se me antojan más significativos entre la obra juvenil de este poeta joven. En esa guía deben figurar, creo, imprescindiblemente: "Sueño del marinero" (página 7). "*Todas mis novias, las de mar y tierra*" (sonetos a F. García Lorca: 3; pág. 24). "El herido" (pág. 79). "Madrigal dramático de Ardiente-y-Frío" (pág. 99). "Elección del niño marinero" (pág. 152). "Día de tribulación" (Triduo de Alba: 3; pág. 174). "Soñabas tú, que no yo" (página 207). "Funerales" (pág. 208).

Estas doce poesías componen una línea graciosa y veraz, expresivo esquema de la poesía de Alberti. Bien quisiera yo ahora poder glosarlas con la morosidad precisa, destacando, primeramente, esa poesía, estudiando los diversos aspectos que la integran y definen, y, luego, situándola en el cuadro de la joven poesía española. Pero tal empeño requeriría otro espacio y otro tono que el conveniente a estas páginas, encaminadas tan sólo a llamar la atención de quien lea y encauzarla hacia la obra inicial de uno de los poetas más poderosos y sugestivos que se hayan revelado en lengua castellana, en los dos últimos lustros.

JOSÉ MARÍA QUIROGA PLA

LIBROS RECIBIDOS

En esta sección daremos cuenta de todos aquellos libros de los cuales nos remitan dos ejemplares.

La tragedia del Estado español, por Alvaro de Albornoz. Editorial Caro Raggio, Madrid, 1925.

Alfredo L. Palacios, por Antonio Herrero. Editor, M. Gleizer; Buenos Aires, 1925.

Almafuerte y Zoilo, por Antonio Herrero. Imprenta "El Libro"; La Plata, 1920.

Doña Inés (historia de amor), por "Azorín". Editorial Caro Raggio, Madrid, 1925.

El que pasó sin mirar, por G. González Ruano. Editorial Caro Raggio.

Azorín Baroja, nuevas estéticas y otros ensayos, por J. González Ruano. Editorial Fernando Fe.

Torbellinos en la Huerta, por Bersadín. Sociedad Editorial de Librería.

REVISTAS

Valoraciones (núm. 5, La Plata).—*Orientaciones* (núm. 1, Buenos Aires).—*El Universitario* (núm. 261, Buenos Aires).—*Acción Universitaria* (núm. 12, Buenos Aires).

IMP. CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID

La Revolución rusa ha sido el hecho histórico que mayores pasiones y polémicas ha producido en todo el mundo. No hay posibilidad de hablar de ella, sin conocer el pensamiento de sus directores.

La BIBLIOTECA INTERNACIONAL ofrece todo género de obras de Lenin, Trotsky, Sinovief, Bujarin, Radek, etc., etc.

Pídanse catálogos, Grandes descuentos a corresponsales y librereros.

Última publicación editada:

EL LENINISMO TEÓRICO Y PRÁCTICO

por STALIN

Precio: 0,75 ptas.

Los pedidos a: BIBLIOTECA INTERNACIONAL, Apartado 125
Despacho en Madrid: Prado, 11

León Sánchez Cuesta



Calle Mayor, núm. 4.-Madrid

HIJOS DE QUIRICO LÓPEZ

M A L A G A

(Casa fundada en 1850)

VINOS FINOS, LICORES,
ANISADOS, COÑACS

Especialidades:

PONCHE IMPERIAL, KOLA TI-
TÁN, OJÉN MARCA JOAQUÍN
BUENO Y C.^a

Condiciones de venta y suscripción para
España y América

Suscripción anual. . . . 14,00 ptas.
» semestral . . . 7,00 »
» trimestral . . . 3,50 »

Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año,
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista *EL ESTUDIANTE*
ZORRILLA, 4 M A D R I D

Suscríbame por un a la Revista *EL ESTU-
DIANTE*. Por giro postal envíe a usted la cantidad de
importe de dicha suscripción ⁽¹⁾.

En a de de 192
(Firma)

Mi dirección:

(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción, en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.

EL LIBRO DE ACTUALIDAD

ACABA DE APARECER

EL PRIMER CARLOS III

DE

ALFONSO DANVILA

La novela de Barcelona en 1706, envuelta en las luchas dinásticas
de Austrias y Borbones. Acertada descripción de ambiente. Acción
— — — intensa. Un estilo claro y preciso — —

Pertenece a la famosa serie

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

Publicadas anteriormente:

El testamento de Carlos II

La Saboyana

Austrias y Borbones

Cada tomo: 5 pesetas

En su librería y en

CALPE

CASA DEL LIBRO

Avenida de Pi y Margall, 7. Apartado 547.—MADRID

Envíos a reembolso